

P R I M E R A E D I C I Ó N

*Queda hecho el depósito que previene  
la ley. Reservados todos los derechos.*

JOSE D. FORGIONE

*Presidente Honorario y Relator Oficial de la Sección Educativa  
del IV Congreso del Niño, Santa Ft. R. Argentina, 1942.  
Ex Inspector Titencio de Escuelas de la Prov. de Buenos Aires*

# ANTOLOGÍA PEDAGÓGICA UNIVERSAL

I

*Desde los tiempos de Plahhotep (5000 a 2900 años  
a. de J. C.) hasta Millon (Siglo XVII)*

I M P R E S O E N L A A R G E N T I N A

*Se acabó de imprimir este libro el día 28  
de agosto de 1947, en la Imprenta de F. y  
M. Mercatali, Av. Acoyte 269, Buenos Aires.*

LIBRERÍA Y EDITORIAL "EL ATENEO"  
Florida 344 — Córdoba 2099 — Buenos Aires.

el argumento con que pudo convencer a su padre para que le permitiera entrar en religión"<sup>1</sup>.

Una vez ordenado sacerdote se trasladó, por imposición de sus superiores, al convento de los Agustinos de Witemberg, donde explicó la obra de Aristóteles, *Moral a Nicomaco*. "Pero desde que empezó a actuar como sacerdote y profesor de la Universidad en Witemberg, sintió cada vez más claramente la contradicción entre lo que encontraba en la Biblia y reconocía como verdadero en ardientes luchas anímicas y lo que veía en la Iglesia dominante" (Wickert).

Una de las causas que precipitó la reforma fue la conducta del obispo Alberto de Brandeburgo, "prelado de espíritu mundano", quien se había hecho nombrar arzobispo de Maguncia, mediante el pago de diez mil ducados a la Curia romana y, además catorce mil por los derechos de ratificación de su título de arzobispo de Maguncia y por el palio. Hubo de recurrir a un expediente: mandó predicar la Indulgencia de San Pedro de Roma por todo su vasto territorio, con el designio de destinar la mitad de la recaudación correspondiente a enjugar la deuda de diez mil ducados contraída con banqueros, y la otra mitad sería remitida a Roma<sup>1</sup>.

Lutero, que no ignoraba los detalles de semejante colecta, sintió las primeras rebeldías que, poco después, le moverían a enviar las 95 proposiciones a la iglesia palatina de Witemberg. A partir de este momento, Lutero se entregó a una lucha titánica en pro de la reforma religiosa y de la organización de la enseñanza basada en nuevos principios.

Echó las bases de la escuela elemental pública y obligatoria,

<sup>1</sup> H. GRISAR, S. I.: *Martin Lutero. Su vida y su obra*. Traducción de Victor Espinó. Madrid, 1934; pág. 28.

<sup>1</sup> H. GRISAR: *Op. cit.*; pág. 69.

## LUTERO

Martin Lutero nació en Eisleben en la noche del 10 al 11 de noviembre de 1483. Era hijo del minero Hans Luther. "Mis bisabuelos, mi abuelo, mi padre — escribe el reformador — fueron simples rústicos".

Transcurrió su infancia bajo una disciplina dura y rigurosa. Esta experiencia explicará más tarde la razón de algunas de sus ideas sobre el trato que debe darse a los niños.

Estudió en Magdeburgo, en Eisenach y cursó, por último, sus estudios superiores en la Universidad de Erfurt, famosa en su tiempo, sobre todo por sus facultades de derecho y de filosofía. El joven estudiante aprendió a fondo gramática, retórica y poética, y con estas materias perfeccionó sus conocimientos del latín. Se aplicó después a nuevos estudios a fin de alcanzar el ansiado título de *Magister* (Maestro en artes liberales) que ganó en forma brillante, en 1505, a la edad de 22 años. En el citado año y en circunstancias en que se hallaba completamente solo al norte de Erfurt, un rayo cayó cerca de él y lo derribó al suelo, quebrándole un pie. "En los tiempos inmediatos y posteriores al accidente relatado, creyó Lutero ver en aquel rayo, un llamamiento del cielo, del cual dedujo que debía consagrar su vida a Dios en el claustro, y este fué

dió a la enseñanza primaria carácter nacional e incorporó a la enseñanza superior los grandes valores de la cultura humana.

Decía Lutero que "el fin de la educación era hacer de un esclavo un hombre libre".

Falleció en Eisleben a los 63 años de edad, a consecuencia de una afección cardíaca, en la fríasima madrugada del 18 de febrero de 1546.

Dejó importantes escritos pedagógicos, que se titulan:

- 1: "El sermón de la vida matrimonial". 2: "A la nobleza cristiana de la nación alemana para la mejora del estado cristiano". 3: "Carta a los consejeros de los estados alemanes pidiéndoles la fundación de escuelas cristianas". 4: "Los dos catecismos". 5: "El sermón para que se envíen los niños a la escuela". En estos escritos colaboró grandemente Felipe Melancton.

#### CARTA A LOS CONSEJEROS DE LOS ESTADOS ALEMANES PIDIENDOLES LA FUNDACION DE ESCUELAS CRISTIANAS

Paz y gracia de parte de Dios y de Jesucristo. Sabios y poderosos señores: ruegoos que acojáis favorablemente este escrito y que miréis con interés cuanto propongo, porque nada desco para mí, y si sólo la gloria de Dios y la salud de la patria. Es preciso ocuparse de la educación de la juventud, porque así lo exige la felicidad de nuestro pueblo. Diariamente se invierten crecidas sumas de dinero en la construcción de caminos y en otras muchas obras de utilidad pública; ¿y por qué no han de emplearse también en la educación de la juventud y en la formación de buenos maestros de escuela? Dios nos ha colmado de beneficios y nos ha

suministrado tantos elementos de cultura<sup>1</sup> que en tres años se puede aprender hoy más que antiguamente en veinte y en treinta, así como a la edad de dieciocho años un joven puede saber más que sabían en otro tiempo todas las universidades y conventos. Pero no basta poseer tantos medios: es preciso no dejarlos perder, sino generalizarlos y multiplicarlos. De continuo vemos nacer y crecer niños de cuyo perfeccionamiento nadie se ocupa. ¿Habríamos de resignarnos con situación tan triste consintiendo nosotros, los alemanes, que las naciones vecinas nos califiquen le locos o de bárbaros?

Nuestro primer cuidado debe ser el cultivo de las lenguas, el latín, el griego y el hebreo, porque las lenguas son el depósito de las verdades religiosas, y si las abandonamos, cada día se oscurecerá más y más el sentido de las Escrituras. No pretendo que todos los predicadores puedan leer la Sagrada Escritura en el original; pero es preciso que entre nosotros haya doctores capaces de remontarse hasta la fuente de estos libros. Podrían citarse no pocos ejemplos: de discusiones inútiles sobre pasajes mal traducidos. San Agustín, que no sabía el hebreo, se ha equivocado con bastante frecuencia en sus interpretaciones de los salmos, y por esto sin duda dice en su *Doctrina cristiana* que el que quiera explicar la Escritura debe saber el hebreo, el latín y el griego. San Jerónimo se vió obligado a traducir los Salmos porque los judíos se mofaban de los cristianos diciendo que no sabían el contenido de este libro.

Pero no basta mirar por la parte espiritual; es necesario atender también a la temporal. Aunque no hubiera ni alma ni cielo ni infierno, sería preciso tener escuelas para satisfacer nuestras necesidades como habitantes de este mundo, según lo acredita la historia de los griegos y de los romanos. Yo me avergüenzo

<sup>1</sup> Entre estos elementos cuenta Lutero la imprenta, los progresos en el estudio de las lenguas, la música, etc.

cuando oigo decir a nuestros cristianos: "La instrucción es buena para los eclesiásticos, pero innecesaria para los demás". Opinión tan extraña bastaría para justificar cuanto han dicho otros pupilos respecto de los alemanes. ¿Cómo ha de ser indiferente que el príncipe, el señor, el consejero, el funcionario sean ignorantes u hombres instruídos, capaces de llenar cristianamente los deberes de su cargo? Demasiado comprendéis que hacen falta escuelas en todas partes para nuestros hijos, a fin de que los hombres lleguen a ser capaces de ejercer su vocación, y las mujeres de dirigir su casa y de educar cristianamente a sus hijos. A vosotros os incumben, señores, acometer esta obra, porque si se la deja al cuidado de los padres, pereceremos cien veces antes de que se lleve a efecto.

Y no se me objete que faltará tiempo para instruir a los niños, puesto que sobra para enseñarles otras cosas innecesarias. Si yo tuviera hijos, cuidaría de que aprendiesen, no solamente las lenguas y la historia, sino también el canto, la música y las matemáticas. Yo no pretendo que de cada niño se haga un sabio, pero considero necesario que todos vayan a la escuela, a lo menos una o dos horas diarias, y que los de mejores disposiciones se preparen para ser después maestros. Bastante tiempo hemos gemido en la corrupción y en las tinieblas de la ignorancia; bastante tiempo hemos sido "los estúpidos alemanes", y ya es hora de que comencemos la obra de nuestra regeneración. Es preciso que Dios vea, por el uso que hagamos de nuestra inteligencia, que agradezcamos sus beneficios, y que nos hagamos capaces de contribuir al mejoramiento del mundo, llevando a la gran corriente de la civilización el tributo de nuestras fuerzas y de nuestros conocimientos.

Antes de concluir, me atrevo a suplicar también a cuantos aman los progresos de los estudios que promuevan la creación de buenas bibliotecas y la fundación de librerías. Hay muchos libros que convendría arrojar al fuego, y otros que no puedo menos de

recomendar y que desearia se propagasen. Entre éstos mencionaré la Biblia en latín, en griego, en hebreo, en alemán y en otras lenguas si fuese posible; los clásicos, poetas u oradores, los libros que tratan de la gramática, de las artes liberales, del derecho, de la medicina, etc.; las crónicas y las historias que nos dan a conocer los designios de la Providencia en el gobierno del mundo. Serían, en fin, necesarios buenos libros populares, historias instructivas, de todo lo cual nada poseemos en realidad. Los griegos, los romanos y hasta los mismos hebreos escribían con sumo cuidado su historia, y cuando alguno entre ellos ejecutaba alguna acción heroica, la recogían para instrucción y ejemplo de la posteridad. Solamente nosotros vivimos aletargados. Yo os ruego, pues, que no rechazéis mis consejos y que miréis con vivo interés la salud, el bienestar y la prosperidad de Alemania.

MARTÍN LUTERO.

J. Pareoz: *Hist. Univ. de la Pedagogía*. En "Revista de Educación". La Plata; octubre 1886; págs. 516 y s.s.

#### CARTA A LOS BURGOMAESTRES Y CONSEJEROS

Ayudar y aconsejar a la juventud como es deseo de Cristo y de todo el mundo, es asunto serio e importante. También nosotros somos ayudados y aconsejados. Queridos señores: se gasta anualmente mucho dinero en armas de guerra, en calles, caminos, diques y en otras cosas innumerables a fin de que una ciudad disfrute de paz y comodidades. ¿Por qué razón, entonces, no se puede gastar un poco para darle a los pobres jovencitos, uno o dos maestros de escuela?

La prosperidad de una ciudad no consiste solamente en acumular mucho dinero, ni en levantar grandes murallas, ni en edificar casas magníficas, ni en poseer armas bien bruñidas. La pros-

peridad de un pueblo, su verdadero bien, su salud y su fuerza, dependen asimismo del número de sus ciudadanos sapientes, serios, honestos y bien educados. Así podrían éstos emplear después razonablemente la fortuna y los dineros que hayan acumulado y conservado.

Se debe, pues, enseñar bien a los jovencitos y educarlos. Y bien, diréis vos: "que cada uno eduque y enseñe personalmente a su propio hijo".

Respuesta: ¡Ay! se ve bien de qué manera se educa y se enseña así. Y cuando la disciplina es llevada a su máximo, no se logra otra cosa que no sea un poco de urbanidad forzada y exterior.

Pero si los niños fuesen instruídos y educados en las escuelas o en otros lugares por maestros doctos y honestos, capaces de enseñar las lenguas, las demás artes y la historia, entonces sí que aprenderían la historia particular de cada pueblo o los proverbios de la humanidad y también lo que ha sucedido en aquella ciudad, en aquel Imperio, a este príncipe, a este hombre, a esta mujer.

En poco tiempo podrían ver los jovencitos, como en un espejo, la esencia, la vida, el consejo y la acción, lo sucedido en el mundo desde sus comienzos.

Podrían de esta manera, seguir el curso de los acontecimientos del mundo con piedad y llegar a ver, quizá, cosas sabias y prudentes, gracias a ese esfuerzo, con sólo aprender lo que se debe alcanzar y lo que se debe evitar en esta vida y aprender, también, a aconsejar y a gobernar a los demás.

*Fragmento.*

LUTERO.

Año 1524.

#### PENSAMIENTOS DE LUTERO SOBRE EDUCACION

1. Lo primero que se debe exigir de los niños es la obediencia. *Honra a tu padre y a tu madre*, dice la Escritura.
  2. Donde falta la obediencia todo se trastorna, pues cuando reina la insubordinación en la familia, reina igualmente en el pueblo, en la ciudad, en la provincia, en el reino. El gobierno de la familia es la base de todos los demás gobiernos, y si la raíz es mala, el tronco, las ramas y los frutos lo serán también; el hijo se convierte en padre, en juez, príncipe, rey, etc. Si ha sido mal educado, todo está corrompido: súbdito y señor, cuerpo y cabeza.
  3. Para obtener la obediencia de los niños, es necesario hacerles conocer las verdades y los deberes que les enseña la religión, y someterlos a una buena disciplina. Desgraciadamente esto es poco práctico, y debe suceder así por cuanto los padres son poco instruídos y no llegan a entenderse sino de una manera muy imperfecta en materia de castigos.
  4. Bajo ciertos puntos de vista la escuela podría suplir en parte la ignorancia de los padres; pero éstos desprecian los servicios que puede prestarles la escuela y descuidan la asistencia de sus hijos. Todos los pueblos, sin exceptuar los judíos, han mostrado mayor interés que los cristianos por la instrucción de los niños. He aquí por qué marcha todo tan mal en la cristiandad.
- Conviene pensar ante todo en las generaciones futuras. Si abandonamos a la juventud, la Iglesia se asemejará a un jardín que se descuida en la primavera. Enséñese a los niños quién es Dios y lo que ha hecho por nosotros. Mostrémosle por la Historia Sagrada cómo ha protegido a sus hijos y cómo ha castigado a

los malos, a los egipcios, a los paganos, etc.; cómo castiga aún a los impíos con la peste, la guerra, el agua, el fuego, etc., y cómo acabarán, por fin, de ser castigados con el infierno. Así es como se despierta en los niños el amor y el temor de Dios.

La instrucción así puede ser mala como buena. Muchos padres educan a sus hijos sólo para el mundo, enseñándoles a presentarse en sociedad, a agradar a los hombres, y pensando menos en su salud que en procurarles placeres, riquezas y honores.

Entre los padres hallamos muchos que se asemejan a Heili: modelos de piedad y celo para todo género de ejercicios religiosos, se olvidan, sin embargo de sus hijos y los ven tranquilamente crecer sin someterlos a una conveniente disciplina, sin darles el debido conocimiento de Dios.

La autoridad de los padres respecto de los hijos procede de Dios, pero esta autoridad no deben usarla caprichosamente ni con cólera.

Se debe castigar a los hijos, pero sin maltratarlos, porque cuando se les maltrata, aborrecen la casa paterna, y el despecho o la cólera los precipita en toda suerte de peligros.

El niño acobardado por el rigor de los padres se manifiesta indeciso en todo lo que hace; el que ha temblado ante su padre y su madre, temblará toda su vida al simple ruido de la hoja que mueve el viento.

Hay casos, sin embargo, en que conviene castigar con severidad. Un falso amor natural ciega con frecuencia a los padres, que en este caso prefieren el cuerpo al alma de sus hijos.

Muchos padres se lo toleran todo a sus hijos. Son niños, dicen, y no saben todavía lo que hacen. Es verdad; pero los irracionales tampoco saben lo que hacen, y sin embargo se les obliga a hacer ciertas cosas que no pueden comprender.

Para educar bien a los niños no es necesario encerrarlos en un colegio. El joven que separamos del mundo, dice Anselmo, se parece a un árbol plantado en un vaso. Demos expansión a los niños, porque la necesitan como el alimento y la bebida.

Nunca temeremos bastante el escandalizar a los niños con palabras groseras o indecorosas. La mancha de aceite es más difícil de quitar en un tejido delicado que en una tela grosera. Esto lo enseñaban ya los paganos. Iloracio, por ejemplo, dice que los vasos nuevos retienen por más tiempo que los usados el olor de las sustancias que se deposita en ellos. Una palabra inconveniente que hiere el oído de los niños, es germen de imágenes singulares que no se atreven a confesar y de las cuales no pueden desembranzarse. ¡Desgraciado del que deposita semejante veneno en el corazón-puro e inocente del niño! Aunque no haya dehonrado su cuerpo, habrá manchado su alma. San Luis, rey de Francia, decía que su madre hubiera querido más la muerte de sus hijos que verlos cometer un pecado mortal. El Redentor ya había dicho: *Al que escandalizare a un solo de los niños que creen en mí, le valdría más que lo arrojaran con una piedra al mar.*

LUTTERO.